

Elías Nandino



GABRIELA GUTIÉRREZ

En 1988, cuando cursaba el último semestre de la carrera de ciencias de la comunicación en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM, cayó en mis manos un libro de poesía titulado *Erotismo al rojo blanco*, que me asombró por la descarnada sinceridad con que trata la decrepitud humana y los impulsos libidinales que la acompañan como castigo de Tántalo, lo que aumenta la pesadumbre del tramo final en la vida.

Me fue preciso conocer más acerca del longevo escritor que para esas fechas había sido poco estudiado, y con mayor razón cuando decía pertenecer al grupo de los Contemporáneos, pero en las compilaciones y críticas sobre estos poetas no se lo incluía. Con pocos datos y muchas inquietudes decidí realizar una investigación con la ayuda del autor, cuya edad era entonces de 88 años. De modo que lo referido enseguida es parte de una ardua labor en la cual me acompañó Alberto Dallal con su elocuente dirección y, por supuesto, también Elías Nandino Vallarta, quien con lucidez y generosidad me llevó a conocer algunos de los aspectos más sobresalientes de su vida y su obra.

Elías Nandino vio la luz el 19 de abril de 1900, aunque en alguna ocasión comentó que no sabía el año exacto de su nacimiento, ya que durante la Revolución se perdieron los documentos del juzgado de su pueblo natal, Cocula. En el seno de una familia católica, Nandino vio correr su infancia muy cerca de los ritos religiosos, pues no sólo llegó a ser monaguillo, sino que intentó consagrarse a la vida monástica, sin éxito alguno. Por tanto, debió incursionar en diversos oficios sin encontrar la menor motivación. La dureza y la incompreensión de su padre, además de la miseria que padeció su familia durante años, generaron en él un complejo

de inferioridad. Con un espíritu sensible tiernamente moldeado por su amorosa madre, sentía la necesidad de sublimar sus secretos sentimientos en una prosa incipiente que despertó de sus primeras lecturas y de sus fantásticas lucubraciones.

En realidad se revelaba un enorme potencial literario que no descubrió sino años más tarde, si bien lo acompañó como una disciplina aleatoria en su carrera de medicina. Como siempre, luchó contra las adversidades que se volvieron una constante en su vida para iniciar sus estudios en dicha ciencia, en la Ciudad de México, hacia 1921.

El bisturí y los libros de literatura se volvieron fieles camaradas en la vida cotidiana de Elías Nandino. Esa época de estudiante, además de ser una fructífera experiencia en todos los aspectos del conocimiento y la creatividad juvenil, también resultó definitiva porque durante ella forjó su relación afectiva y de amistad con el grupo de poetas que más tarde sería denominado Contemporáneos, por la revista homónima en la que, sin embargo, Elías Nandino no tuvo participación alguna, ya que por esas fechas se fue a hacer una especialidad en los Estados Unidos. Pero hemos visto que Contemporáneos es una generación y no solamente el conjunto de sus poetas más visibles. Más tarde se trasladó a Hollywood, en respuesta a la invitación de un amigo, y, por consejo de Ramón Novaro, realizó algunas pruebas fílmicas; pero, aburrido por la fatuidad de estas actividades, retornó con nuevos bríos a la Ciudad de México, donde inició una exitosa carrera médica y siguió con mayor entusiasmo su creación literaria, en las noches en que ganaba al sueño los versos que se hallaban escritos en su interior.

Cuando llegó a la capital del país, había terminado un poemario que publicaría después con el título de *Canciones*

y empezaba otra serie de poemas inspirados en *Color de ausencia*. Como prolífico autor, llegó a reunir más de veinte títulos, porque Nandino murió con la pluma en la mano y el verso en la frente.

Es imposible separar, aun cuando se pretenda hacerlo, al médico del poeta, pues nacieron juntos y en un mismo cuerpo. Siempre se complementaron y el apoyo que se dieron mutuamente les dio esa característica humana que hizo de Elías Nandino un sanador del cuerpo y del espíritu.

Nandino señaló en alguna ocasión:

Creo que en mi vida logré hacer una simbiosis entre la medicina y la poesía, es decir entre el dolor y la muerte, entre el amor y el misterio, sin saber cómo se hicieron inseparables los libros de poemas, novelas y los de anatomía, fisiología y terapéutica. Es curioso, pero me siento más poeta que médico; sin embargo, se da un idilio entre ambas actividades como entre el vaso limpio y el agua limpia, pues no se sabe cuál es el vaso y cuál es el agua.

Elías Nandino fue severamente criticado por sus coetáneos, por no haberse comprometido al ciento por ciento con la poesía, y por tal razón, entre otras, vivió marginado del ámbito literario. Sin embargo, su perseverancia lo hizo acreedor a un reconocimiento tardío, pero muy merecido. Lástima que cuando ello ocurrió él ya era un octogenario y sus amigos poetas habían muerto.

En 1926, Elías se había adueñado de la ciudad capital y tenía contacto con personalidades destacadas no sólo de la medicina y la literatura, sino del teatro, el cine, la pintura y la música,

precisamente por este tiempo conocí al compositor de música Carlos Chávez y le presenté a un muchacho que vino de Guadalajara a estudiar música y vivía también en la casa de Guatemala 44. Este joven era Gabriel Ruiz, quien me provocó el interés por componer canciones. Xavier Villaurrutia, que me visitaba por esa época, también le hizo algunas letras para sus piezas musicales. Como no era bien visto que los poetas compusieran canciones Xavier y yo decidimos tomarlo como un pasatiempo pero no firmamos las melodías. También tuve la suerte de conocer al director de cine Eisenstein, quien me tomó cierto aprecio, me hizo unos dibujos y me los regaló. A Roberto Montenegro, quien me hizo un retrato, le compré una foto de este cineasta soviético, pero en los años setentas vino Rodolfo Echeverría y se llevó todo. Cuando le conté esto a Monsiváis me dijo

“pero cómo es usted bruto, los dibujos valían más que la fotografía”.

En 1932, Elías Nandino gozaba de gran prestigio como cirujano, lo que le dejó suficientes ganancias como para tener un Cadillac y un chofer, pero su idea acerca del dinero era que resultaba bueno para gastarlo, así que no guardó ni un céntimo. Además de la clientela que saturaba su consultorio médico de Revillagigedo, años más tarde recibía ahí las colaboraciones de los jóvenes poetas para la revista *Estaciones*, que dirigió hacia los años cincuentas. Fue médico también de artistas e intelectuales famosos: Diego Rivera, Lupe Marín, Roberto Montenegro, sus amigos poetas del Grupo sin Grupo, Yolanda Montes, *Tongolele*, quien fue su amiga hasta que él murió, y muchas personalidades más del medio artístico y cultural.

Asimismo, fue jefe del servicio médico de Lecumberri, cargo que le permitió conocer la parte más oscura y cruel del ser humano. De modo que los dos temas más recurrentes de Nandino, el dolor y la muerte, los inspiró esta experiencia, que compartió estrechamente con su amigo Villaurrutia, quien a menudo lo acompañaba por las salas de los hospitales y en alguna ocasión hasta participó en una conferencia literaria organizada para el equipo médico de un centro de salud.

No es difícil imaginar a Nandino enfundado en su bata blanca, con gorro, cubrebocas y guantes, al palpar vísceras, músculos y huesos, habilidad que le permitió restablecer la salud de sus pacientes infinidad de veces. También es posible concebirlo en alguna velada de amigos donde departiera con poetas, músicos o pintores, en un salón de baile brindar con algún actor de cine o una bailarina exótica, o en el Popocatepetl, el Iztaccíhuatl o el Pico de Orizaba, al trepar peñascos. Más aún, se puede conjeturar su silueta en la penumbra de una habitación, apoyada la barbilla sobre la mano derecha, la mirada extraviada en el infinito, el rostro con gesto de profunda reflexión, animado por una idea, una palabra, una inspiración sobrenatural, un estado de ánimo “romántico”, que envuelve su espacio en la oscuridad centelleante, para sumergirse en los enigmas universales del ser humano y crear en color azul el poema que redime sus íntimas obsesiones.

En lo que respecta a sus amigos poetas, los más importantes durante su estancia de cincuenta años en la Ciudad de México, compartió con ellos no sólo la vida literaria a la que se entregaban, sino también el deleite de la complicidad parrandera y festiva que ofrecía el México de aquella época.

Nandino identificaba perfectamente a cada uno de los poetas de su generación. A Salvador Novo lo define como un ser irónico de nacimiento, que en el fondo sólo se quiso así mismo, pero al mismo tiempo lo juzga el de mayor ingenio. Aseguró que su poesía era frívola, ya que la produjo para llenar la parte de su ser que era poeta.

Xavier Villaurrutia, su mejor amigo, era para Elías el más inteligente de todos, porque mantenía un equilibrio ante todas las situaciones, lo cual se muestra claramente en su poesía. Nunca abusó de la palabra, decía lo indispensable. Consideró que su poesía era retórica.

Para el poeta de Cocola hubo en este grupo algunos creadores limitados que se sintieron atraídos por la política o la diplomacia. Entre ellos señaló a Jaime Torres Bodet, José y Celestino Gorostiza, Bernardo Ortiz de Montellano y Enrique González Rojo. Les asignó el calificativo de burócratas, sin olvidar a Novo, quien también lo fue, pero éste "con criterio amplio".

Gilberto Owen fue, de acuerdo con Nandino, el más sano de todos los Contemporáneos, tanto por su manera de pensar como de vivir. Jamás le gustó la burocracia, aunque en cierta ocasión aceptó algún puesto diplomático. Nandino lo consideró el mejor poeta de ese grupo.

En lo que se refiere a José Gorostiza, nuestro autor opinó que era un poeta muy corto, aunque bueno. La poesía de Torres Bodet no le gustó y tampoco la de Jorge Cuesta, a quien compara, con Díaz Mirón, aunque reconoció su actuación política y lo consideró cabeza del grupo de Contemporáneos.

Nandino también admitió que, no obstante las enormes cualidades características del grupo, éste sufrió también innumerables ataques y críticas por parte de algunos núcleos culturales y de la sociedad civil que no estaban abiertos o preparados para los cambios y para la modernidad representada por él, ávido de expresar libremente las imágenes de una realidad diferente y promisoría. Su pecado capital fue hacer a un lado los rígidos es-

quemas de sus predecesores nacionalistas. Los integrantes de Contemporáneos, en cambio, se sumergieron en las revueltas y profundas aguas de la cultura occidental. En la formación intelectual del grupo fue determinante la influencia de literatos europeos como Proust, Mallarmé, Valéry y Cocteau, quienes abordaron la realidad desde el pedestal del espíritu crítico. No les interesaba tratar con romanticismo clásico el devenir atormentado del hombre que no halla su sitio en el espacio terreno porque tiene la cabeza en el aire y el corazón en el mar. Los jóvenes poetas mexicanos de aquel momento se interesaron vivamente por hacer causa común con la nueva concepción del mundo poético. Así lo comenta José Joaquín Blanco:

de ahí el definitivo camino gideano —la puerta estrecha, quien quiera recobrarse debe perderse, negarse al impulso adquirido, el desánimo es el camino del arte, la sinceridad consiste en no suprimir los problemas, etcétera—: el México de los Contemporáneos estaba hecho a la medida de un enemigo de Gide.

Nandino definitivamente se inclina por los Contemporáneos. Quizás por estar muy cerca de Villaurrutia, tuvo cierto contagio poético o, mejor dicho, como señala José Emilio Pacheco, "entre poetas de una misma edad, más que influencia hay intercambios".

En el libro que Nandino publicó en 1953, con el título de *Triángulo de silencios*, Raimundo Lazo comenta en su prólogo:

... Elías Nandino, un poco apartado de sus amigos del grupo de Contemporáneos. Y sin embargo ahora que todos han callado ... ha venido construyendo un caudal de poesía que nada desmerece el brillo de una pléyade de tanto valor como este conjunto de extraordinarios poetas. Cuando se haga el balance definitivo de este grupo, habrá que admitir que *Nocturno ciego*, el sobrio *Nocturno en llamas* y muchos poemas más merecen figurar en la lista.



En criterios muy estrechos de "clasificaciones literarias", no pertenecía a la generación y los integrantes del grupo —salvo Villaurrutia, con ciertas reservas— no le daban mucho crédito como poeta, pues veían en él, más que nada, a un médico que escribía poemas.

Es riesgoso hablar de una selección intelectual, puesto que los lineamientos con que se efectúa caen la mayoría de las veces en la subjetividad. Lo cierto es, independientemente de la confusión en torno a la generación de Contemporáneos, que Elías Nandino tiene luz propia y brilla en el firmamento poético por su sensibilidad, por la entrega a su quehacer literario y por su calidad humana, como bien lo señala Vicente Quirarte:

En un grupo donde Gilberto Owen fue la conciencia teológica, Villaurrutia la conciencia poética y Cuesta la conciencia crítica, Elías Nandino es la conciencia corporal, aquella que no ha dejado de hundir su bisturí en las profundidades de la carne, en busca de las causas últimas de sus deleites y sufrimientos. Su exploración de la anatomía es semejante a los viajes interiores de Gorostiza y Owen a partir de la imagen del agua, el "Estudio de cristal" de González Rojo y el universo onírico de Ortiz de Montellano. Es sumamente revelador que Nandino y Pellicer, los poetas a los que la crítica ha "negado" la calidad de Contemporáneos, son los autores de una poesía donde el erotismo se manifiesta abiertamente y sin sentimiento de culpa.

Elías Nandino siempre tuvo la certeza de que cualquier ser humano puede tomar las riendas de su destino, por lo que consideraba que una de las cosas más fatales en esta vida es tener que adaptarse a lo que se "debe" hacer. Él hizo siempre lo que quiso con total sinceridad, lo cual se reflejó en cada uno de sus actos, al elegir su profesión médica, al no abandonar su vocación poética con todo y la marginalidad a la que se vio sometido y al definirse homosexual, condición que vivió con valentía y honestidad.

En lo que a su poesía se refiere, practicó con gran soltura los sonetos que él llamó nocturnos y en los que se desenvolvía cómodamente, pues eran para él una clase de poemas que "se distinguen por su clima íntimo, reflexivo, reconcentrado, con tendencias filosóficas, metafísicas y místicas, que se escriben generalmente de noche, porque exigen soledad, quietud, recogimiento". Su poesía fue siempre un remanso de paz, "un estado de ánimo especial semejante al del parto. Sin cursilerías, es como un acto creativo. Cuando usted pare un poema, descansa", afirmó el médico-poeta.

Para Luis Mario Schnaider, no es posible reunir la experiencia humana y poética de Elías Nandino en una sola charla, a través de la cual hemos contemplado parte de su universo. Sin embargo, se han atisbado algunos de los rostros que existen y conviven en su interior.

Para concluir este breve esbozo del maestro Nandino, es menester recordar las acertadas expresiones con que su entrañable amigo Xavier Villaurrutia lo describió en 1934:

En la soledad de su cuarto, en el cuarto de su silencio, el poeta avanza, inmóvil, sobre las olas de un mar interior y profundo; fatiga el agro de su alma con los arados de la cultura; cautiva seres intangibles en la red de palabras que nadie que no sea él mismo teje; crea un porvenir que la vista no alcanza y aun escapa de la muerte. El hombre vive y no sabe que vive. El poeta se mira vivir. El hombre tiene miedo a la muerte y muere. El poeta se siente morir y ... ya no morirá jamás. Este hombre que arde y se consume en los ejercicios más diversos; que halla equilibrios momentáneos de la razón y del instinto, pero que se distrae y da con su cuerpo en la red que él mismo ha tendido a sus pies, pero que se levanta y vuelve a empezar ... Este hombre que, en una palabra, vive y, sin tener una conciencia lúcida de su deseo, quiere verse vivir, se llama ahora Elías Nandino. Yo lo he visto sostener alternativamente, el lápiz del escritor y el bisturí del cirujano; escribir y operar; escribir con fiebre y operar con frialdad. ♦

Nota bibliográfica

Elías Nandino es autor de las siguientes obras:

Cerca de lo lejos (FCE [Lecturas mexicanas], México, 1979, 70 pp.), *Eco, Río de sombras* (Katún, México, 1982, 60 pp.), *Poemas árboles, Nudo de sombras, Espejo de mi muerte* (Katún, México, 1983, 38 pp.), *Canciones, Color de ausencia y Espiral* (Katún, México, 1983, 84 pp.), *Ciclos terrenales* (Plaza y Valdés, México, 1989, 28 pp.), *Nocturna suma* (Katún, México, 1982, 83 pp.), *Todos mis nocturnos* (Ayuntamiento de Guadalajara, Guadalajara, 1986-1988, 207 pp.), *Eternidad del polvo* (Domés, México, 1983, 93 pp.), *Elías Nandino para jóvenes* (CNCA-INBA, México, 1990, 171 pp.), *Erotismo al rojo blanco* (Domés, México, 1983, 127 pp.), *Prismas de sangre. Conversación con el mar y otros poemas* (Ágata, México, 1991, 102 pp.), *Triángulo de silencios* (Katún, México, 1982, 83 pp.), *Antología poética 1924-1982* (Domés, México, 1983, 250 pp.), *Nocturna palabra* (Domés, México, 1984, 83 pp.).



veracruz